



Andrea Maria Schenkel  
Tannöd, el lugar del crimen

Andrea Maria Schenkel

# Tannöd, el lugar del crimen

Traducción de Carles Andreu

Ediciones Destino  
Colección  
Áncora y Delfín  
Volumen 1117

Título original: *Tannöd*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© 2005 Edition Nautilus - Verlag Lutz Schulenburg, Hamburg  
Publicado originalmente por Edition Nautilus - Verlag Lutz Schulenburg,  
Hamburg  
[www.edition-nautilus.de](http://www.edition-nautilus.de)

El libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.,  
Barcelona

[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© Ediciones Destino, 2007

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

© de la traducción, Carles Andreu

Primera edición: Febrero de 2008

ISBN: 978-34-233-4022-4

Depósito Legal: X-xxxxx-2007

Impreso por xxxxxxxx

Impreso en España - Printed in Spain

Mi más sincero agradecimiento a Peter Leuschner

El primer verano tras el fin de la guerra lo pasé con unos parientes lejanos, en el campo.

Durante aquellas semanas, el pueblo me pareció un remanso de paz, uno de los últimos lugares intactos tras la tormenta a la que acabábamos de sobrevivir.

Años más tarde, cuando la vida había vuelto ya a su cauce y aquel verano no era más que un recuerdo feliz, me tropecé con el nombre del pueblo en el periódico.

Mi pueblo se había convertido en el «caserón de la muerte» y yo no lograba sacarme lo sucedido de la cabeza.

Viajé al pueblo con una mezcla de sentimientos, pero todas las personas que encontré quisieron hablar del crimen conmigo. Querían hablar con alguien extraño y, sin embargo, de confianza. Alguien que no iba a quedarse, que les escucharía y volvería a marcharse.

Señor, ten piedad de nosotros,

Cristo, ten piedad de nosotros,

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos,

Cristo, escúchanos.

Padre nuestro que estás en los cielos, ten piedad de ellos,

Hijo de Dios, creador del mundo, ten piedad de ellos,

Espíritu Santo, ten piedad de ellos,

Santísima Trinidad, Dios único, ten piedad de ellos.

Santa María, reza por ellos,

Santa madre de Dios, reza por ellos,

Virgen santa de todas las vírgenes, reza por ellos.

San Miguel, reza por ellos,

todos los ángeles y arcángeles,

benditos coros del Espíritu Santo,

San Juan Bautista,

rezad por ellos.

San José, reza por ellos.

Benditos patriarcas y profetas,

San Pedro, San Pablo y San Juan,

rezad por ellos.

Apóstoles y evangelistas,  
San Esteban y San Lorenzo,  
rezad por ellos.

Sagrados mártires,  
San Gregorio y San Ambrosio,  
rezad por ellos.

San Jerónimo y San Agustín,  
rezad por ellos.

Benditos obispos y confesores,  
benditos doctores de la Iglesia,  
benditos curas y levitas,  
benditos monjes y ermitaños,  
¡rezad por ellos!

A primera hora de la mañana, antes de que despunte el día, entra en la casa. Echa la madera que ha traído de fuera al gran horno de la cocina, rellena la olla con patatas y agua, y la coloca encima del fogón.

Sale de la cocina y cruza el largo pasadizo sin ventanas que conduce a los establos. Hay que ordeñar y alimentar a las vacas dos veces al día. Están colocadas en fila, una junto a la otra.

Habla con ellas en voz baja. Con el tiempo se ha acostumbrado a hablar siempre con los animales mientras trabaja en el establo. Su voz parece tener un efecto calmante sobre ellos, como si su cantinela y la simetría de sus palabras apaciguaran su desasosiego. Su tono tranquilo y monótono las relaja. Conoce este trabajo desde que era un niño. Le divierte.

Amontona paja nueva sobre el lecho antiguo. La paja la toma del cobertizo contiguo e impregna el ambiente del establo de un aroma familiar. Las vacas no huelen como los cerdos, su olor no es ni desagradable ni acerbo.

A continuación recoge el heno. Lo toma también del cobertizo.

Deja abierta la puerta que comunica el cobertizo y el

establo. Mientras los animales comen, los ordeña. Eso los inquieta: los animales no están acostumbrados a que sea él quien los ordeñe. Sin embargo, su temor a que alguno de los animales no se deje ordeñar se revela infundado.

El olor a patatas cocidas llega hasta el establo. Es hora de dar de comer a los cerdos. Vierte las patatas de la olla directamente en un cubo, donde se aplastan antes de llegar siquiera a la pocilga. Los cerdos se ponen a gruñir en cuanto abre la puerta del cobertizo. Arroja el contenido del cubo en el comedero y rellena el abrevadero.

Ha terminado su trabajo. Antes de salir de casa, se asegura de que el fuego del horno esté apagado. Deja abierta la puerta que comunica el cobertizo con el establo, arroja el contenido de la lechera en el estiércol y deja la vasija donde siempre.

Por la noche regresaría al establo. Le daría de comer al perro, que al verle llegar se acurrucaba siempre, gimiendo, en un rincón, y se ocuparía de los animales. Y todo eso, asegurándose cada vez de rodear el montón de paja de la esquina izquierda del cobertizo.

## *Betty, 8 años*

Marianne y yo nos sentamos juntas en el colegio. Es mi mejor amiga, por eso nos sentamos juntas.

A Marianne le gustan los macarrones de mi madre. Cuando mi madre los prepara, siempre le llevo un poco, al colegio o el domingo a la iglesia. El domingo pasado también se los llevé, pero me los tuve que comer sola, porque no fue a la iglesia.

¿Que qué hacemos cuando estamos juntas? Pues jugar a polis y cacos, al pilla-pilla o al escondite. En verano a veces montamos una tiendecita en la granja, al lado de la verja del huerto. Mamá me da una colcha y ahí ponemos nuestras cosas: manzanas, nueces, flores, papeles de colores y todo lo que encontramos.

Una vez incluso vendimos unos chicles que había traído mi tía. Olían la mar de bien, a canela. Mi tía dice que en América los niños siempre comen chicle. Mi tía trabaja con los yanquis y de vez en cuando trae chicle, chocolate y manteca de cacahuete. O un pan raro que va metido en unas latas verdes. Un día, el verano pasado, traje incluso helado.

A mi mamá no le hace mucha gracia, porque el amigo de tía Lisbeth es americano y negrísimo.

Marianne dice siempre que su papá también se ha ido a América y que un día volverá a buscarla, pero yo no me lo creo. A veces Marianne se inventa las cosas. Mi mamá dice que eso no está bien y cuando Marianne me sale con uno de sus cuentos, nos peleamos. Entonces, cada una coge lo suyo de la tienda y no podemos seguir jugando, y Marianne se marcha a su casa. Pero al cabo de unos días ya volvemos a ser amigas.

Por Navidades me regalaron un muñeco del niño Jesús y Marianne me tenía mucha envidia. Ella sólo tiene una vieja muñeca de madera que fue de su madre. Entonces Marianne comenzó de nuevo con su historia: que su padre iba a venir pronto y se la iba a llevar a América. Yo le dije que no sería más amiga suya si seguía contando mentiras. Y desde entonces no ha vuelto a sacar el tema.

En invierno fuimos varias veces al prado que hay detrás de nuestro corral a jugar con el trineo. Hay una montañita muy buena para tirarse en trineo y van todos del pueblo. Si uno no frena a tiempo, se empotra en el vallado y entonces en casa se enfadan. Algunas veces Marianne tenía que llevarse a su hermano pequeño y vigilarlo. Siempre se le está colgando de las faldas. Yo no tengo ningún hermano pequeño, tengo una hermana

mayor, pero a veces también es un rollo. Me hace enfadar a menudo.

A veces el hermanito de Marianne se cae en la nieve y se echa a llorar, y a veces se mea en los pantalones, y entonces Marianne tiene que marcharse a casa y le echan la bronca: que si no lo vigilaba bien, que si otra vez ha dejado que se meara encima, y qué sé yo qué más. Una vez, al día siguiente, en el colegio, me contó que quería marcharse porque su abuelo es muy severo y su madre también.

Hace unos días me contó que el mago había vuelto. Que lo había visto en el bosque y que seguro que iba a llevarla junto a su padre. Sí, el mago, eso es lo que dijo. Esa historia ya me la había contado en otoño, justo al empezar el curso, y yo no me la había creído, pues los magos no existen, y un mago que pueda llevarla a una así, por encanto, junto a un padre que se supone que está en América, pues menos aún. Total, que nos volvimos a pelear y ella se echó a llorar y dijo que el mago existía de verdad y que tenía una bolsa llena de botellas de colores y otras cosas de colores y que a veces le veía sentado bajo un árbol, muy callado. Dijo que era un mago como el del libro que nos hacen leer en el colegio. Entonces me puse a gritarle «mentirosa, mentirosa» y ella se marchó llorando. Y como el sábado no fue al colegio y los macarrones de mi madre le gustan tanto, se los llevé

el domingo a la iglesia. Pero tampoco apareció. Como no había nadie de la familia, mi madre dijo que tal vez se hayan ido a visitar a sus parientes, a ver al hermano del abuelo, que vive en Einhausen. Y por eso me comí yo todos los macarrones.

Marianne está sentada en su cama. No consigue dormirse. Se oyen los aullidos del viento, que atraviesa el patio como la «caza salvaje».<sup>1</sup> En las crudas noches entre Navidad y año nuevo, la abuela le cuenta a menudo los cuentos de «la caza salvaje» y la *Trud*.<sup>2</sup>

«La “caza salvaje” pasa al galope, a lomos del viento, veloz como las nubes de tormenta, más aún. Los cazadores montan a caballo, negros como el demonio», le había contado su abuela. «Envueltos en capas negras, se ocultan el rostro con capuchas caladas. Con los ojos inyectados

1. Según la mitología popular germánica, la «caza salvaje» es un espectro procedente del mundo de los fantasmas y los demonios, formado por un grupo de cazadores infernales que cruzan el cielo montados a caballo y envueltos de nubes, buscando una presa. (*N. del t.*)

2. Según la mitología popular, las *Trud* son unas viejas feas y vellosas, con los pies planos y a las que les faltan varios dientes. Las *Trud* entran en las casas por la noche y se sientan encima de alguien que está durmiendo, que muere asfixiado. (*N. del t.*)

en sangre, atraviesan la noche. Si uno es lo bastante imprudente como para aventurarse en una de esas noches, la “caza salvaje” se lo lleva al galope», le había dicho su abuela. «Así de fácil, ¡zas!»

Acompañaba esas palabras con un gesto rápido, como si ella misma atrapara algo con las manos y lo hiciera desaparecer.

«¡Zas! Levantan al pobre diablo del suelo y se lo llevan. Lo arrastran lejos, más allá de las nubes, hasta el cielo. Tiene que marcharse con la tormenta. Y la caza no lo suelta, entre gritos terroríficos y carcajadas maliciosas. ¡Jo, jo, jo!»», se rió la abuela con su profunda voz.

Marianne se imaginaba perfectamente cómo te atrapaba la «caza salvaje», cómo te levantaba del suelo y se reía de ti.

—¿Y qué pasa luego, abuela? —preguntó Marianne—. ¿No regresas nunca más?

—Sí, claro —respondió la abuela—. A veces regresas, ¡pero otras no! La «caza salvaje» arrastra al pobre infeliz hasta que se cansa. A veces, después de la jugarreta, lo vuelve a dejar en el suelo. A veces. Pero lo normal es que a la mañana siguiente encuentren al pobre infeliz en otra parte, con los miembros quebrantados, el cuerpo molido y desfigurado. Y alguno no ha vuelto a aparecer nunca más: la «caza salvaje» se lo ha entregado directamente al diablo.

Ahora no puede quitarse de la cabeza la historia de la «caza salvaje». Jamás se le ocurriría salir de casa con aquel tiempo, no quiere que la atrape la «caza salvaje». ¡A ella no! Pasa largo tiempo despierta, aunque no sabe exactamente cuánto. Su hermano pequeño está en la misma habitación. Las camas están colocadas de tal forma que las cabezas les quedan una junto a la otra. Ella en su cama y él en su cuna.

Está tan cerca de él que oye su respiración, sosegada y uniforme. Inspira y expira. A veces, cuando no puede dormir, se queda escuchando ese sonido e intenta acompañar su respiración con la del hermano, inspira cuando él inspira, y expira cuando él expira. A veces eso la ayuda, hace que le entre el cansancio y termina durmiéndose ella también. Pero hoy no es así, por eso sigue despierta.

¿Debe salir de la cama? El abuelo volverá a poner el grito en el cielo. Le disgusta profundamente que se levante por la noche y llame a su madre o a su abuela.

—Ya eres lo bastante mayorcita para dormirte sola —le dice, y la manda de nuevo a la cama.

Por debajo de la puerta entra un rayo de luz. Se trata de un débil resplandor, apenas una rendija brillante. Entonces hay alguien despierto. ¿Su madre, tal vez? ¿O la abuela?

Marianne hace acopio de valor y saca los pies desnudos de la cama. Hace frío en la habitación. Aparta la man-

ta. Poco a poco, para no despertar a su hermano, se acerca de puntillas hasta la puerta. Camina con gran precaución, para que no crujan las tablas del suelo. Gira lentamente el pomo y abre la puerta sin hacer ruido. Cruza el pasillo camino a la cocina.

En la cocina aún arde una candela. Se sienta junto a la ventana y mira hacia la noche. Está inquieta y le entra el frío a través del ligero camisón.

Entonces se da cuenta de que la puerta de la habitación contigua está entreabierta.

Mamá debe de haber ido a los establos, piensa Marianne. Abre la puerta de par en par. Desde la habitación contigua, y a través de otra puerta, llega uno a un pasadizo que lleva a los establos y el cobertizo.

Llama a su madre y a su abuela, pero nadie le responde.

La niña cruza la galería larga y sombría que discurre por entre los comederos. Titubea un instante y se detiene. Llama de nuevo a su madre y a su abuela, esta vez más fuerte. Pero, de nuevo, nadie le responde.

En el establo ve los animales, atados con cadenas a las argollas de hierro de los barrotes del comedero. Las vacas se mueven en silencio. Una lámpara de petróleo ilumina la estancia. Al fondo de la galería, Marianne ve la puerta del cobertizo, abierta.

Ahí debe de estar su madre. Marianne la vuelve a llamar, pero una vez más no obtiene respuesta.

Cruza la galería hacia el cobertizo y se detiene de nuevo junto a la puerta, dudando qué debe hacer. No se oye ningún sonido en la oscuridad. Contiene la respiración y entra.